

Algunos episodios biográficos de José Ortiz de Pinedo. Un escritor jaenés en el Madrid de la primera mitad del siglo XX

JOAQUÍN MARÍA CRUZ QUINTÁS

RESUMEN

En este artículo, dividido en dos partes, hemos intentado simplemente divulgar algunos aspectos vitales de José Ortiz de Pinedo, escritor nacido en Jaén en el último tercio del siglo XIX que alcanzó cierto éxito en el panorama literario madrileño.

ABSTRACT

The present study (which have two parts) shows some aspects of the life of José Ortiz de Pinedo, writer born at Jaén in the last decades of the XIX century who had some literary success at Madrid.

1. INTRODUCCIÓN

A pesar de que José Ortiz de Pinedo redacta una novela autobiográfica intitulada *De mi vida y milagros*, acaso -para quien desee conocer con rigor determinados capítulos de la vida de nuestro autor- no resulte lo más aconsejable tomar como referencia de incuestionable veracidad dicho libro de memorias. Quizá no lo sea porque, como si de un moderno juglar se tratara, Ortiz de Pinedo entrevera episodios reales con otros que, en puridad, sólo pertenecen al ámbito de la fábula. Pero esa fundición de capítulos verdaderos y ficcionales tiene un propósito meridiano: abocetar el perfil de un hombre literario y vitalmente atractivo, un escritor ácrata que bucea en el océano espacioso y fecundo de la bohemia, alejado de cualquier tipo de corsé o grillete que le cercene su libertad de autor entregado al cultivo del arte de la palabra. Más adelante esbozaremos una reseña de ese librito autobiográfico

que contradice algunas informaciones de las que presentamos a continuación.¹

2. CIERTOS SUCESOS VITALES CONTRASTADOS. INFANCIA Y ADOLESCENCIA

De lo que acabamos de apuntar se colige que, si pretendemos ceñirnos a los datos biográficos contrastables y contrastados, hemos de dirigir

¹ De hecho, en páginas avanzadas de *De mi vida y milagros*, conoceremos que el narrador autobiográfico responde al nombre de Luis Gaitán, no al de José Ortiz de Pinedo, con lo que nuestro autor se guarda un as en la manga: La novela no es totalmente veraz en el relato de la vida de nuestro autor, pero es el tal Gaitán quien la cuenta, no Ortiz de Pinedo como tal. De ahí que no podamos calibrar con exactitud qué hechos pertenecen a la realidad vital del autor giennense y cuáles no, aunque algunos tengan más apariencia de reales que otros, entre los que contamos aquellos en los que aparecen los nombres de amigos reales de Pinedo.

nuestras miradas hacia fuentes bibliográficas más rigurosas.²

José Ortiz de Pinedo nace en Jaén, el 20 de febrero de 1880, en la antigua calle Rueda (hoy dedicada al poeta de Andújar Manuel María Montero Moya) del popular barrio de la Merced. Manuel Caballero Venzalá se atrevió a recrear el alumbramiento de nuestro autor en la remansada y provinciana ciudad jaenesa.

Las campanas de la catedral, graves y solemnes, hacen contrapunto con las dulces y cantarinas del convento de la Merced. El cielo debía estar invadido por un azul purísimo, diáfano. Nació un prosista sereno, un poeta musical y luminoso; era en la calle Rueda, entre la catedral y el añoso convento. (...)

En aquel momento debía haber mucha luz y mucha música (...)³

Las mil experiencias sensoriales de nuestra ciudad en calma se remansaron a lo largo de una infancia feliz.

Digamos que Pinedo fue un jaenés casual, dado que su familia no era giennense, sino burgesa, y residía en la ciudad andaluza porque era allí donde el cabeza de familia, militar, ejercía su profesión.

² Vid. M. Caballero Venzalá, «José Ortiz de Pinedo, entre la prosa y el verso (1880-1959)», *Semblantes en la niebla*, Jaén, Diputación Provincial/IEG, 1993, pp. 345-348. Como bien apunta Rafael Alarcón Sierra en «La poesía de José Ortiz de Pinedo» –en *Ciclo de conferencias de la Sección de Literatura del Instituto de Estudios Giennenses. Curso Académico 2004-2005*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén. [En curso de publicación]–, cuyo texto original he tenido la fortuna de leer detenidamente, Correa Ramón toma de Caballero Venzalá los datos biográficos fundamentales cuando habla de Ortiz de Pinedo en su *Poetas andaluces en la órbita del modernismo. Diccionario* (Sevilla, Alfar, 2001, pp. 193-197). Resulta interesante consultar además el trabajo de M. Sánchez de Palacios, «Tres escritores contemporáneos: Alberto Insúa, José Ortiz de Pinedo y Francisco Serrano Anguita» (*Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, t. 17, 1980. Semblanzas de madrileñistas ilustres, 459-466).

³ Caballero Venzalá intenta aquí establecer un paralelismo, digamos, planetario y casi mágico entre la personalidad literaria de nuestro autor y la acción y forma de los elementos esenciales de la naturaleza en el momento de su nacimiento.

Su permanencia en la capital del Santo Reino no fue muy dilatada. Sabemos que ya cursa el bachillerato en un instituto de Guadalajara⁴, donde comenzaría su afición literaria, y que los estudios universitarios –se licenció en Derecho– los llevaría a cabo en Madrid, ciudad en la que acabaría trabajando como funcionario del ayuntamiento.

Antes de que naciera el siglo XX, quedaría también huérfano de madre, una pérdida que, como apunta el profesor Rafael Alarcón⁵, percutiría notablemente en su personalidad y determinaría su perspectiva de la vida. A raíz de este suceso, Ortiz de Pinedo reflejará en su obra literaria –fundamentalmente en sus poemas– esa oquedad sentimental que acaso nunca llegaría a ser curada definitivamente, siempre a la búsqueda de una mujer que aunara las virtudes de la madre y de la amante. Asimismo, desde entonces nuestro autor sentirá una empatía especial hacia los dolientes y los desheredados, que en su literatura se simbolizará en temas como, por ejemplo, el del paraíso perdido de la infancia.

3. DE MI VIDA Y MILAGROS⁶: UNA AUTOBIOGRAFÍA POCO FIABLE

José Ortiz de Pinedo redacta bajo este título una autobiografía en la que, como hemos apuntado más arriba, ensambla episodios reales con otros surgidos de su imaginación y que, convenientemente aderezados, sirven al autor para ir retratándose a sí mismo (o a su *alter ego*, Luis Gaitán) en una etopeya que nos habla de un escritor bohemio y de vida algo disoluta.

En el primer capítulo, Ortiz de Pinedo/Luis Gaitán nos advierte de que por estas páginas va a desfilan «simplemente, la verdad de unas cuantas horas vividas y de algunas figuras reales que tropecé en mi camino. Esto es todo.»

⁴ Muerto su padre, probablemente en una acción bélica, Ortiz de Pinedo solicitará su ingreso en el Colegio de Huérfanos de Guerra de aquella localidad.

⁵ *Op. Cit.*

⁶ Madrid, La Novela Corta, 1923.



Calle Montero Moya

Él dice que nació en Fuenllana (Ciudad Real), y alude a que su padre regentaba una fábrica de harina⁷. Seguidamente comienza a hablar de algunas de sus (supuestas) amistades en Fuenllana: el profesor Jaime Costa; Félix, el paralítico; y Santiago Rodríguez, el culto labrador.

Del primero refiere que se trataba de un tipo singularísimo y extravagante, que apenas comía, sino que sólo fumaba y bebía coñac; que no se levantaba hasta las cuatro de la tarde, y que sin embargo se acostaba muy temprano, a las diez. Además, este hombre era un *dandy*, siempre iba muy acicalado:

En su rostro redondo, rasurado escrupulosamente y enrojecido por el alcohol, había un esguince de pereza y cansancio⁸.

⁷ Hemos aportado el dato convenientemente contrastado de que el nacimiento de José Ortiz de Pinedo tuvo lugar en Jaén capital –en el barrio de la Merced, muy cerca de la catedral– y de que su padre era militar.

⁸ Ibid. Pág. 1

Su pose altiva era tal que incluso mantenía una actitud desdeñosa con su amigo escritor, en quien, según este nos cuenta, solía clavar sus «ojos de buey moribundo». Y es que no mostraba interés por las letras: Era un hombre de ciencias.

Contrariamente al profesor Jaime Costa, Félix, el paralítico, era una persona de gran corazón. Padecía «cierta deformidad monstruosa», con un brazo inmóvil. Es descrito como un

mísero muñeco de carne humana incapaz de gobernarse por sí solo: un triste polichinela con remedo de hombre en quien el destino había puesto una de sus muecas más crueles.⁹

Pero, como contrapunto de sus taras físicas, Félix escondía, al margen de sus buenos sentimientos, una «clarísima inteligencia», así como un «espíritu luminoso en un cuerpo ridículo; luz, una llama santa, en torpe vaso de arcilla.» Hasta el punto de cultivar la poesía con acierto. Sobre

⁹ Ibid. Pág. 2.

su muerte dice nuestro autor que, por todo lo mencionado, «fue para él una gran piedad».

Será su tercer amigo, Santiago Rodríguez, quien lo exhorte a ir a Madrid a probar suerte, siendo recomendado por carta a Máximo Riera, director del diario republicano *El Eco Nacional*. Tenía veinte años cuando arribó en Madrid: «amanecí cierto día en la corte de los milagros», escribirá.

En este libro de memorias también nos narra sus vicisitudes en un hostel de estudiantes y toreros, en la calle de la Gorguera. Rápidamente comenzará a trabajar como redactor del periódico al que acudió recomendado, aunque sin cobrar un sueldo fijo. Sólo cobraba cuando el director decía que había dinero, y no lo hacía cuando decía lo contrario. Lo que sí le había encomendado al redactor novel era que leyera a Marx, Kropotkine y Gorka, porque «estos son los que empiezan a conocerse en España y conviene seguirles»¹⁰. Estas sugerencias del director nos aportan un dato revelador del ámbito en el que, fundamentalmente, era leída aquella publicación: el mundo obrero.

El narrador también nos habla de su relación con su *camarada*, como él lo llama, Antonio Sánchez Ruiz (autor alpujarreño conocido en los ambientes literarios con el pseudónimo de *Hamlet-Gómez*). De él aprendería que «la gloria tiene un precio: El calvario; y que, de faltar éste, falta al triunfo lo que más lo avalora». Por tanto, el escritor había de tener una «fe ciega profunda, de creyente» con el objeto de «alumbrar la ruta del luchador para evitarle tropiezos».

En otro capítulo se critica la política urbanística aplicada en la Gran Vía madrileña, una política cimentada en la demolición indiscriminada de todo edificio antiguo. Y es que, aunque muchos de estos edificios carecían de gran interés arquitectónico, sí gozaban de un valor sentimental incuestionable. No en vano, en algunos de ellos se encontraban algunas de las tertulias literarias de más sabor en aquellos años, como era el caso, verbigracia, del Café Habanero¹¹.

¹⁰ Ibid. Pág. 4.

¹¹ Entre los contertulios más asiduos de estas reunio-

Buena parte del tercer capítulo está dedicado a dibujar el perfil de un personaje al que se califica como el «gorrón» de estas tertulias: Samuel Brabo. Definido como «un tipo pintoresco», «grandote, vestido de un modo lamentable, inverosímil, con las barbas entrecanas, andar vivo, mirada de águila, ademanes rápidos»¹², hombre muy misterioso, bebedor en ocasiones, simpático y de gran urbanidad. Brabo era un individuo absolutamente ocioso al que, a juzgar por nuestro autor, «la máquina universal del trabajo debía [de] parecerle cosa de fábula»¹³. Omnipresente en cafés y tertulias del centro de la metrópoli, donde ejercía de «filósofo, sociólogo, literato, político», disertando sobre «lo humano y lo divino con autoridad aplastante»¹⁴. Pesimista, desdeñoso pero honrado, Samuel Brabo conocía a medio Madrid, iba siempre saludando: «Parecía un espada que da la vuelta al ruedo contestando a una ovación»¹⁵. Era un hombre sin ambición a quien esta se le despierta de súbito un buen día, cuando decide irse a América: «¡Allí está el dinero!», exclama, pero finalmente no cumplirá su aventurero objetivo.

También hay hueco en este libro para la narración de alguna que otra anécdota sin la menor trascendencia. Un ejemplo de este tipo es aquella en la que «Hamlet-Gómez» y el narrador de esta novela están solos en el Café Habanero, donde permanecen leyendo y comentando el *Cyrano* por espacio de varias horas. Esto molesta sobremanera al camarero —que, a la sazón, es sustituto—, quien les recoge la mesa. Ellos, percatándose de la actitud de aquel, ríen y se muestran autoritarios a la hora de pedir las consumiciones. El mesero, hombre de poco espíritu, acaba cediendo y los atiende «con cierto ademán desmayado. Era Napoleón saliendo de Waterloo», y luego les lleva un cliente para que se sienten con ellos, pero este acaba por molestarse y se marcha.

nes literarias podemos citar al ya mencionado «Hamlet Gómez» o a Javier Inchausti, Paco Roldán, Gustavo Romero,... todos ellos poetas y periodistas.

¹² Ibid. Pág. 6

¹³ Ibid. Pág. 6

¹⁴ Ibid. Pág. 6

¹⁵ Ibid. Pág. 8

Han permanecido leyendo los cinco actos de la tragicomedia hasta las tres de la madrugada y sólo han consumido un par de cafés. Pero «una lectura del *Cyrano* bien vale el enojo de un camarero y el aguantar una nevada» como la que estaba descargando a la salida.

A continuación se nos habla de tres hermanas, Mariquita, Consolación y Laura, conocidas como «Las de Galindo», que habían nacido y vivido en el seno de una familia acomodada venida a menos tras la muerte del padre, don Luciano. Ahora residen en la calle del Desengaño.

Las tres mujeres viven con un optimismo impostado que encubre su amargura. La madre, doña Etelvina –que está medio ciega– siempre había soñado con tres novios acaudalados para sus hijas. Por este motivo, las cuatro se mostraban extraordinariamente serviciales y aduladoras de todo varón que se les acercara, incluido nuestro autor. Los hombres, que percibían ese prurito que la madre tenía por colocar a sus hijas, coqueteaban con ellas, pero nada más allá. Los domingos de esa casa intentaban rememorar la época de abundancia familiar: Había «capuchinadas», piano, y botella de Jerez (aunque en realidad esta albergaba un vino «peleón»). Pero el hecho de no poder sobrevivir en la capital con la dignidad social que ellas deseaban hace que se marchen a vivir a un pueblo. Con esta decisión pierde uno de sus lugares preferidos de visita.

Sin embargo, Javier Inchausti lo lleva a la tertulia de Pueyo, un librero-editor que será quien introduzca en España la corriente modernista, a costa de sacrificar buena parte de las ganancias que podía haber conseguido con la publicación de obras más convencionales. Pueyo se quejaba siempre, al menos dentro de la librería, aunque mostraba su esperanza en el esfuerzo (en el propio y en el ajeno).

En otro capítulo, Pinedo/Gaitán afirma que Benito Pérez Galdós era, ya a los veinte años, su escritor preferido¹⁶, por su rigor, pensamiento

¹⁶ Conocemos que, efectivamente, en la vida real Pinedo era un gran admirador del autor canario. En su libro *Viejos retratos amigos* (Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1949) le dedica un capítulo que nomina «Siguiendo a Galdós».



y lenguaje natural y elegante. Un día lo ve por las calles madrileñas, y lo persigue durante un tiempo, mientras va evocando lo que el canario ha significado para él.

Igualmente, hace referencia a su admiración por el amigo Alejandro Sawa –con su perro y su pipa sempiternos¹⁷–, «un gran vidente del reino interior y de los horizontes de la belleza», pobre aunque aristócrata espiritual, perezoso y más monologante que dialogante. Ambos viven en la misma casa de huéspedes, pero Sawa no paga, regala ramitos de violetas.

Por otra parte, nuestro autor nos cuenta cómo llegó a manos de Javier Inchausti el primer recibo de un periódico¹⁸, cuatro duros, una cifra fantástica para como estaban las cosas. Sawa le propone gastarlos en una cena en La bombilla,

¹⁷ «Vendió la inmortalidad por un poco de humo azul» (Ibid.)

¹⁸ Se trataba del periódico *Nuevo Mundo*.

con organillo, baile, vino, etc. A la salida se dirigen hacia una pastelería de la Puerta del Sol, donde mantienen una pendencia, e incluso Javier Inchausti llega a las manos con el dependiente. Así acabaron, nos cuenta, los primeros cuatro duros. A continuación se encuentran con Emilio Carrère, «el romántico amoroso de la noche» cuando «iba a su diaria cita con la Quimera¹⁹». Las relaciones de Carrère con las mujeres nunca fueron fáciles. Había tenido novias de elevado rango social, como la primera, cuya vinculación finalizó sin éxito, y plebeyas, como Andrea (o Filomena), que escuchaba los madrigales de Carrère sin enterarse absolutamente de nada, porque «era su entendimiento de un hermetismo fatal», sin poder arrancarle jamás «el más leve matiz de comprensión». Así que «le escuchaba como a un dios sin comprenderle», por lo que acabará dejándola, en un adiós melancólico. «¿Estaría condenado a tener muchas novias y no tener ninguna?», acaba por preguntarse nuestro narrador.

Las peripecias con su camarada fraterno «Hamlet-Gómez» no tienen límite, e incluyen desde lo más extravagante hasta la nimiedad más bizantina. Incluso el acto de comerse un bistec puede mutarse en un ceremonial trascendente y casi litúrgico, éxtasis gastronómico de poetas y periodistas jóvenes: «Los camareros han contribuido sin darse cuenta al renacimiento literario». (...) «Aunque todos preferirían cobrar en calderilla que en honra».

En la tertulia del Café Habanero hablan de la cuestión de «llegar» (a la fama, al éxito). En ella participan Inchausti, Roldán, Romero, Samuel Brabo, Braulio López,... Desciende la alocución de Javier Inchausti por su sensatez, frente a la de los que aseguran «haber llegado».

También nos habla de un compañero de hospedaje al que llaman don Tancredo y que acaso «era candidato a la inmortalidad», compartiendo aspiración con poetas y pintores. Asegura que

¹⁹ Las quimeras no eran sino mujeres. Una de ellas era su primera novia, a los pies de cuyo balcón Carrère se apostaba, acompañado por Ortiz de Pinedo, esperando poder verla, aunque sin suerte.



ellos eran «tancredos menos heroicos», y que «el siglo había cambiado y los poetas empezaban a entrenarse en la costumbre de comer». Sin embargo, el tal don Tancredo nos habla de otro pedestal «desde donde la celebridad mira sobre el nivel vulgar», podio al que él mismo renunció. Pero el narrador reconoce que ni él ni sus compañeros de aventuras literarias habían logrado subir a ese pedestal. Habían sido «águilas audaces primero», pero habían acabado en «gallinas de corral».

Por lo tanto, es probable que nuestro autor reconozca así en cierto modo su fracaso, con comedias «que me patearon», con novelas «sin relieve», con cantares de rimas «anodinas y ripiosas» y, en el ámbito periodístico, con la ausencia total de prestigio: «Empecé haciendo artículos y acabé hinchando telegramas» en las secciones de sucesos.

El último capítulo del libro es «Pasan más años. Voy a sentarme en un rincón. Dos encuentros. María o la fe». En él comparte con el lector la desazón que produce en su interior el hecho de que ya no reconozca a la gente que frecuenta el Café Habanero, esa sensación de olvido y muerte. El puntillazo llegará cuando acaben cerrando el local por expropiación. Ante esto, dice encontrarse «solo ante el pasado, ante el fantasma de nuestra juventud». Además, las mencionadas demoliciones de la Gran Vía han

convertido esa arteria madrileña en «la senda de un cementerio».

Merodeando por las calles de la corte, encuentra un vagabundo que finalmente reconocerá como Jaime Costa, el antiguo profesor, ahora arruinado a consecuencia del alcohol.

También se reencontrará con Mariquita, una de las hermanas Galindo, quien le cuenta la muerte de su madre y dónde viven sus hermanas. Mariquita, que ahora trabaja como señorita de compañía, refleja la tristeza de un fracaso asumido con dulce resignación.

Finalmente, Pinedo/Gaitán nos relata los descabros de su amigo «Hamlet-Gómez», «el camarada fraterno», quien, después de haber conseguido viajar a América, vuelve a Madrid enfermo y muere:

Llegó un día, sin embargo, en el que el luchador se dió por vencido en el ambiente madrileño. Cogió un tren, se metió en un barco y fuése a América, tierra que, a no haberla descubierto Colón, lo hubiera hecho cualquiera de los españoles que no logran comer en su patria. Buenos Aires le fué propicio (...)

(...) más muy pronto hubo de repatriarse, minado por cruel enfermedad, y en Madrid murió, en la palestra donde peleara tan brava y obscuramente, dejando apenas iniciada una hermosa labor literaria.

Y finaliza este libro de memorias elogiando la fe de María, la hermana de su camarada, porque nunca había perdido la esperanza de que el bueno de Hamlet-Gómez alcanzara el éxito, triunfo que finalmente nunca arribó.

María, pese a la muerte misma, tenía razón, seguía teniendo razón. No se había equivocado. El pobre camarada hubiera visto amanecer su día de gloria. Su talento hacía lógicas las mayores esperanzas. Esto es lo que supo ver mejor que nadie la mujercita de un rincón de la Alpujarra, la admirable María, una de las pocas mujeres que con su fe y su amor sostienen en la lucha a los hombres.

3. FINAL

En la segunda parte de este artículo abundaremos en las relaciones personales o profesionales que José Ortiz de Pinedo mantiene en la capital de España con diversas personalidades del ámbito literario.

